

Baldomero Sanín Cano, fluido, cambiante e inclasificable

Consuelo Triviño Anzola

introducción

El esquema positivista a partir del cual se ha construido la historia de la literatura hispanoamericana -que por lo general sigue un orden cronológico de autores y movimientos- pone en evidencia su incongruencia e inoperancia cuando no encuentra mecanismos que permitan acoger autores que por sus características resisten cualquier criterio de clasificación. Esto no quiere decir que no puedan presentarse los hechos, los autores y las corrientes en función de una cronología, dado que los movimientos canónicos que vertebran su sistema: romanticismo, modernismo, vanguardia, etc., se suceden en ese orden.

También es cierto que la alternancia de corrientes o movimientos dentro de series epocales induce a pensar que en la historiografía literaria tenemos períodos estáticos. Como señala Leo Pollmann¹ distinguir épocas y postular su existencia es detener artificialmente el tiempo y esto obedece a la necesidad de hablar de forma verificable de corrientes y paradigmas. La presentación cronológica de autores y movimientos no es de ningún modo funcional si nos quedamos en una concepción lineal del tiempo, si no partimos de la asincronía que caracteriza al sistema literario hispanoamericano y si no contamos con las diferencias regionales en el continente y al interior de cada país.

Autores como el ensayista colombiano Baldomero Sanín Cano (1861-1957)- de algún modo han quedado atrapados en ese esquema, debido a lo difícil que resulta ubicar adecuadamente su obra, como bien lo ha señalado José Miguel Oviedo en *Breve historia del ensayo hispanoamericano*². Si lo

situamos dentro de la generación modernista, pese a su estrecha relación con Silva, nos faltarán elementos para comprender un pensamiento que también comparte las preocupaciones de ensayistas como José Carlos Mariátegui y Alfonso Reyes. Por esta razón, Oviedo lo sitúa al lado de estos últimos, por el singular perfil de su cultura y por sus inquietudes intelectuales, mucho más cercanas a la sensibilidad contemporánea que a la de los ensayistas de finales del siglo XIX y principios del XX.

Sin embargo, las razones que explican el olvido en que ha caído la obra de este ensayista³ no hay que buscarlas sólo en la tradicional forma de abordar el hecho literario hispanoamericano. Ciertamente es que en lo que concierne a la narrativa, la inmensa labor de Ángel Rama redimensionó la obra de autores como Arguedas o Asturias, erróneamente situados entre los llamados narradores regionalistas, asignándoles el papel de transculturadores en tanto recuperaron, desde una perspectiva vanguardista, ancestrales valores de sus regiones que hasta entonces estaban sumergidos.

Del ensayo hispanoamericano también se había ocupado Alberto Zum-Felde⁴, señalando como un estigma su "falta de universalidad", por el hecho de estar ostensiblemente ligado a un determinismo geográfico que le impedía abordar los fenómenos de la conciencia, más allá de los límites regionales: selva pampa, costa, montañas, tesis discutible, en cuanto el criterio de validez universal para Zum-Felde implica un acercamiento a los valores de la cultura europea occidental. Pero esta hipótesis aplicada en concreto a autores como Martínez Estrada o Germán Arciniegas, le asignaba a Sanín Cano un lugar

peculiar al lado de quienes ejercieron la crítica literaria bajo el signo del positivismo, como Enrique José Varona, José Enrique Rodó o Ricardo Rojas. Zum-Felde señalaba la agudeza de Sanín Cano, su criterio amplio y ágil, "mezcla del positivismo científico con el humanismo académico", al tiempo que deploraba en él la dispersión y la carencia de una "obra orgánica"⁵.

De Sanín Cano suele exaltarse, sobre todo, su conocimiento de otras lenguas, su erudición libresca y su familiaridad con otras culturas, cualidad que se interpretó como pedantería por quienes desconfiando de sus vastos conocimientos prefirieron ignorarlo. A este desdén se sumó la actitud de sus compatriotas tan habituados en su mayoría a despreciar lo propio y acoger sin reparos los productos foráneos con el sello europeo o la etiqueta *made in USA*. Tal actitud, quizás impidió una estrategia crítica que permitiese acoger su obra en su país y proyectarla en el continente. Hay que esperar hasta 1976, veinte años después de su muerte, cuando Juan Gustavo Cobo Borda publicó en el 1976 una selección de sus ensayos como parte de una tarea de rescate de la tradición cultural colombiana. A esa selección se sumó la realizada por el mismo crítico para la biblioteca Ayacucho que es la única que hoy nos permite acercarnos a su obra.

Asimismo hay que destacar el entusiasta reconocimiento de su compatriota Germán Arciniegas -que curiosamente ha corrido una suerte similar- quien fue uno de sus más apasionados seguidores, quizás por que comparte con él su espíritu juguetón y paradójico, como también el de Jorge Eliécer Ruíz, que se ha ocupado del ensayo en Colombia⁶. Leyendo su testimonio en el número homenaje de la *Revista Iberoamericana*, en 1948⁷, vemos cómo un escaso, pero excepcional sector de la intelectualidad colombiana supo reconocer su dimensión continental. También es cierto que la generación de *Mito* en los años cincuenta lo acogió como su maestro. Jorge Gaitán Durán destacó entre sus muchas virtudes su tarea "larga, paciente y estricta de asimilación y comprensión de la realidad social y cultural"⁸. Pero, Sanín Cano, que fue corresponsal de *La Nación* y colaboró con importantes publicaciones europeas fue ampliamente conocido en el ámbito hispanoamericano y bien pudiera haber pasado por un ensayista argentino o de cualquier otro país americano.

Otras circunstancias que dificultan la tarea de rescate es el que su obra esté dispersa en periódicos y revistas del continente -hay cerca de 150 artículos

suyos en *Repertorio Americano* que aún no han sido recogidos-; el que frente a los acontecimientos, su mirada conserve su vigencia, por lo intemporal, pues hay afirmaciones suyas que bien podrían valernos para sintetizar los problemas de nuestro tiempo y esto hace que él mismo se resista a ser incluido dentro de una corriente literaria o un movimiento; también el que su centenaria existencia haya abarcado tan importantes períodos de la historia de Hispanoamérica. En Colombia, por ejemplo, abarcó tres periodos fundamentales, varias guerras civiles e internacionales y tan profundas transformaciones, pues hay que pensar que en su infancia y juventud transcurridas y Rionegro, Antioquia, para llegar a la capital, Bogotá, era preciso realizar un viaje de once días en mula, escalando montañas y caminos de herradura, atravesando de Norte a Sur el río Magdalena, itinerario que desde los años treinta se redujo a unas horas en avión.

Todo lo anterior sigue siendo un obstáculo que le impide ingresar dentro del canon al lado de Rodó o de Alfonso Reyes, su contemporáneo espiritual. Cabe pensar que las razones de esta marginación también se deben al carácter aparentemente desapasionado de su obra, a su actitud distante y mesurada o hecho de que, como anota José Miguel Oviedo, careciese de teorías que defender.

Un pensador de vanguardia

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX Colombia cuenta con dos figuras significativas en el ámbito cultural: el bogotano José Asunción Silva y el antioqueño Baldomero Sanín Cano. Hacia 1886 se encuentran en la capital, uno dedicado a los negocios familiares y el otro administrando un tranvía de mulas. Esta amistad intelectual se vio enriquecida por las lecturas compartidas. Silva le dio a leer un número de la *Revue Bleue* donde por primera vez tuvo noticias de Nietzsche, a través de un artículo de Teodor Wyzewa. Al poeta le llegaban las novedades de París, a Sanín Cano las de Inglaterra y Alemania. Es tan importante este encuentro que Sanín no deja de reconocer su benéfica influencia: "En noches tranquilas, lejos de los penosos oficios a que los dos estábamos uncidos por un burlón determinismo, solíamos compartir lecturas y sucesos, asesinar esperanzas; analizar hombres y tiempo con la libertad que dan el silencio y la confianza. Nietzsche nos ayudaba en esas funciones"⁹.

Su amistad con Silva se basó un diálogo tan enriquecedor que despertó su sensibilidad hacia el movimiento poético que encarnaba el autor del famoso *Nocturno*, quien le dio a conocer a Taine y a Renan, al tiempo que lo puso al tanto de las corrientes literarias de la época, Stendhal, Bourget y Zola, entre otros. Macaulay, Brandes, Spencer, Ibsen, a su vez fueron difundidos por Sanín convertido ya en un *mètre à penser*, que mantuvo "despierto y alerta el espíritu de sus amigos para una labor socrática, incesante, de alumbramiento de ideas", según declara, Laureano García Ortiz¹⁰. Así elevó el nivel intelectual de sus compañeros de generación, dando a conocer a los pensadores extranjeros más significativos del momento.

Por su formación intelectual y por sus circunstancias individuales y sociales Sanín Cano pone en evidencia la asincronía del sistema literario hispanoamericano, pues si nos atenemos sólo a la cronología, debería incluirse, como he dicho, dentro de la generación modernista donde destacó como crítico¹¹. Su nombre va íntimamente unido al de José Asunción Silva. También al de Guillermo Valencia y al de su coterráneo Tomás Carrasquilla, enemigo del modernismo y de los modernistas. Pero si leemos con atención su prosa, vemos que no sólo comprendió la revolución lingüística que adelantaban Darío y Silva, su intento de acercar la lengua y las ideas de los poetas a las fórmulas usuales de la conversación ordinaria, sino que fue más allá de su cosmopolitismo y de su afán de modernidad.

Él más que ninguno otro comprendió el movimiento modernista, sin ser un modernista, en el sentido en que la crítica designa a un determinado número de poetas y ensayistas hispanoamericanos. Hay que apreciar la fina ironía y el humor con que aplica sus conocimientos filosóficos, para ver la diferencia. Nada de imágenes sonoras y brillantes, nada de los contrastes bajo cuya forma fluye la prosa de un Rodó que exalta los valores de la antigüedad

clásica simbolizando en Ariel los más altos valores de la hispanidad, al tiempo que compara el valor cívico de la virtud de un Hamilton con una "hoja de acero que se oxida". Su influencia no es francesa como en la mayoría de los modernistas. A su conocimiento de la lengua y cultura inglesa se deben la sobriedad y precisión conceptual de su prosa. Y si algo le reprocha a Darío no es su "galicismo mental", sino el haber caído sólo bajo la influencia de la lengua y la cultura francesas. Y es que dos décadas después se siente en Hispanoamérica el peso de la cultura anglosajona y la necesidad de comunicarse con Inglaterra y los Estados Unidos. Como afirma Jorge Eliécer Ruíz: "Sanín Cano quiso colaborar en la

creación de instrumentos que permitieran decodificar los idiomas; después, dos culturas"¹², pues ésta era la única posibilidad de abrir un diálogo que permitiera superar la marginalidad del Continente.

De Rodó a Sanín hay una distancia en el manejo de la lengua, lejana en su caso a la elocuencia y más cercana a una charla informal entre amigos. También hay un cambio de orientación en la mirada que se detiene en detalles que pasan desapercibidos para la mentalidad de la época. Al definirlo como informal no queremos decir que Sanín

cayese en la trivialidad o que le faltara rigor. Lo que sucede es que en él no hay una admiración incondicional hacia los sistemas filosóficos o las culturas. Su actitud alerta desconfía y cuestiona, incluso de lo que admira. En artículos tan sugestivos como "Bajo el signo de Marte", incluido en *La civilización manual y otros ensayos*, 1925, cuestiona el concepto heroico de la existencia, de raíz clásica, por exaltar instintos que, según él "tienden a la destrucción del hombre y a la destrucción de culturas diversas de la crearon y extendieron por el mundo los héroes glorificados". Así, concluye su reflexión con un interrogante: "Es tiempo ya de someter a la consideración de los que sufren, el interrogante de si la cultura clásica es la mejor disciplina de la mente humana y si el procurarnos los medios de adquirirla



es la mejor manera de preparar el porvenir" ¹³.

Frente a la polémica tradición o modernidad, provincialismo o cosmopolitismo, aportó su renovadora visión de los hechos, desvelando los ocultamientos del lenguaje. Así, explicando el significado de expresiones peyorativas como "provinciano", asume una perspectiva histórica, presentando las modificaciones por el uso: "Este vocablo que en sus principios en la lengua de Julio César, significaba el medio día de Francia, acabó por representar un actitud de espíritu caracterizada por la estrechez de miras, por la incapacidad de recibir ideas generales y de entrenarse con ellas en forma elegante" ¹⁴.

Una definición tan excluyente le parece falaz, pues encuentra artificiales las diferencias entre la capital y la provincia. En ciudades, como Londres, nos dice, también se aprecian tales actitudes: barrios que se creen mejor que otros, zonas donde los individuos no ven más allá de las fronteras, inteligencias que no conciben que otras geografías, fuera de los límites nacionales, estén abiertas al mundo y vivan la actualidad del momento. Su cosmopolitismo crítico está muy lejos del de muchos modernistas que despreciaban los valores de la provincia.

El humanismo de Sanín, alerta y vigilante llama la atención sobre conceptos o ideas que puedan fomentar actitudes intolerantes o excluyentes o expresiones peyorativas como "provinciano". Por el contrario, propone combatir estas tendencias practicando la cooperación intelectual entre los países y la difusión de la producción cultural.

Del mismo modo en "De lo exótico" cuestiona los criterios de clasificación para comprender el arte: el sentido de las nacionalidades y la lengua: "En el momento actual de la civilización es casi imposible conservar una literatura sana de todo influjo extranjero", dice. Frente a la defensa de una literatura nacional, por parte de unos cuantos patriotas, que creen hacer una "obra nacional", propone una actitud abierta hacia lo foráneo. El arte, desde su punto de vista, no tiene por qué cumplir la labor docente de exaltar lo que se considera "nacional". Así pone ejemplos de benéficas influencias como la de Rousseau sobre Goethe¹⁵.

Frente a la polémica tradición o renovación, le parece superflua la labor de defender la tradición, tanto como de eliminarla. En "Espíritu nuevo de las universidades", 1926, plantea que la tradición forma parte de las condiciones de la existencia y el ser

humano no puede deshacerse de ella. "Importa canalizar sus influencias sobre el futuro, apoyarse en ella para proceder como si no existiera: defenderla es irrisorio, eliminarla es tratar de suprimir la vida"¹⁶.

Por todo lo anterior no sería adecuado encasillar a Sanín Cano dentro del grupo de intelectuales que designamos como modernistas, de los que se diferencia tanto en su manejo de los temas como en su tratamiento del idioma, aunque comparta con ellos algunas influencias y preocupaciones.

El humor e ironía

Sanín Cano fue un positivista que aceptó sin alardes los principios de esa filosofía. En un artículo publicado en *El Tiempo*, Bogotá, 1951, declaraba: "Estudiando los principios de la filosofía positiva de Augusto Comte, vino a mis manos, por asociación de ideas, un libro de Littré titulado *Conservación, revolución y positivismo*, que por la claridad de exposición, por la franqueza y fuerza de razonamiento, al mismo tiempo que por la concordancia de algunas partes de su exposición con las ideas extraídas por mí de mi propia experiencia, ejerció grande influjo sobre el curso de mis ideas políticas" ¹⁷. Su filosofía, como diría Armando Correia Pacheco en el homenaje póstumo que le rindió la *Inter-American Review of Bibliography*, en 1961, "se caracteriza por un escepticismo risueño, de cepa renana, por un humorismo benévolo, de fondo británico, y por un estoicismo vigoroso, de índole esencialmente personal"¹⁸.

Por su carácter sosegado Sanín no pretendía, convencer como los políticos o los oradores y si convencía, era a pesar de él mismo. Muchos de sus admiradores lo reconocieron como maestro, pero él no quiso ejercer ningún magisterio ni liderar ningún movimiento, pese a haber participado activamente en la política de su país. Lo que sí buscaba era desconcertar a los lectores -como Borges- o, quizás, confundirlos con sus sugerentes enunciados. Dueño de una exquisita ironía, sabía romper esquemas, en afirmaciones arriesgadas que iban hasta el fondo mismo de las cuestiones de la lengua.

Su influjo coincide con la irrupción de las vanguardias, aunque ya sus artículos habían despertado la atención de la crítica. "Papel de la literatura en la fraternidad hispanoamericana", artículo publicado en la *Revista Nueva* de Chile se comenta en *La España moderna*, 1902. *Hispanus*,(Vicente Vera), cita las afirmaciones más

sugerentes, como "dignas de tenerse en cuenta". Sanín Cano se permite decir en el mencionado artículo que la emancipación trajo a Hispanoamérica malas consecuencias, como la pérdida del sentimiento de unidad, las rivalidades entre las naciones y la incomunicación. Y al mismo tiempo sugiere que para un mayor entendimiento entre americanos y españoles se requiere "ser tolerantes no sólo con los que viven de otras ideas, sino con los ejercen funcionalmente la intolerancia, sin poder evitarlo. Es preciso conceder, con mucho dolor, que la intolerancia tiene, como el no saber, derecho a la existencia"¹⁹. Sus afirmaciones agudas dan siempre en el blanco y su ironía deja sin respuesta al lector.

Desde su exilio en Londres donde colaboró con la revista *Hispania*, dirigida por el colombiano Santiago Pérez, inicia ese diálogo provocador que es parte vital del conflicto que todo americano debe resolver con España. En 1913 arremete contra Miguel de Unamuno, a propósito del tópico de la incomprendida "raza española"²⁰. En "El descubrimiento de América y la higiene" argumenta que la notable despoblación indígena ocasionada por la conquista se debió, no a la crueldad de los españoles, sino a su falta de aseo y las enfermedades que transmitieron a los pueblos americanos cuando entraron en contacto con ellos: "¿De dónde provenía ese vaho letal a que se debió en mi concepto no sólo la exterminación de la raza, sino también la facilidad de la Conquista? Provenía a todas luces de que los americanos del siglo XVI eran un pueblo sano, pulcro y débil, en tanto que las ciudades europeas de la misma época eran un conglomerado infecto en que la higiene no era conocida y en que la suciedad y los parásitos dominaban señorialmente"²¹. Pero hay que ir más allá del humor para captar la agudeza de sus planteamientos. Como afirma su compatriota Germán Arciniegas: "Sanín es humorista. Pero debajo de sus gracias y epigramas palpita una fe pura. Un respeto a la inteligencia, un sentido de la dignidad humana, un culto a la libertad sirven de trama a todos sus escritos"²².

En su obra abundan tanto las paradojas como la ironía. Su discurso, libre de cualquier pretensión omnicomprendiva, se aleja de las posturas fundamentalistas, del tradicionalismo y de los nacionalismos. Su voluntad de diálogo con otras culturas, su actitud abierta y tolerante le asignan una vigencia indiscutible a su palabra. De su influjo entre las generaciones que le siguieron, dan cuenta las palabras de Gabriela Mistral en el homenaje que en 1948 le rindió al escritor la *Revista Iberoamericana*:

"Sanín Cano ha enseñado buena parte de lo que sabemos sobre la sobriedad, la seriedad y la ética del escritor y ha mostrado el perfil verídico de la libertad, el civismo y la democracia, a su generación, a la mía y a la siguiente"²³.

Un antioqueño errante

Sanín Cano aprendió el alemán en su pueblo conversando con los empleados de una compañía extranjera. También conocía el latín, el inglés, el italiano, el francés y el danés. Los estudió porque, como plantea Arciniegas, tenía tantas curiosidades que aclarar en el mundo y tantos asuntos que verificar. Su vida pone en cuestión los tópicos sobre las diferencias regionales en Colombia, la idea de que los antioqueños, aferrados a su tierra y a su tradición, no ven más allá de las fronteras. Bogotá, como centro administrativo y de cultura tenía poco que ofrecerle a este provinciano que en 1886 hablaba de Ibsen ante un público compuesto en su mayoría por trabajadores.

Nacido en Rionegro, una población que dictó la más radical de las constituciones de Colombia, en 1863, su infancia transcurrió entre revueltas políticas. En su adolescencia leyó autores como Byron, Richardson y Bentham. Participó en las guerras civiles, persiguiendo a las guerrillas conservadoras que se levantaron contra el régimen liberal radical. Entre los intelectuales conservadores en Colombia tenemos a Monseñor Carrasquilla y a Luis María Mora quienes encontraban inconvenientes las doctrinas positivistas, al tiempo que defendían la vigencia del pensamiento tomista y el cristianismo ante los avances científicos. Líderes como en asesinato Rafael Uribe Uribe denunciaron desde la imprenta y la tribuna el carácter retrogrado y autoritario de esa tendencia²⁴ que iba tomando las riendas de la nación y con la que habría de pactar Rafael Núñez para llevar a cabo su proyecto regeneracionista en 1886.

Cuando la Regeneración intentó poner en marcha la filosofía positivista en Colombia, bajo la consigna, "libertad, orden y progreso", Sanín ya había leído a Littré, Spencer, Comte y Buchner. Por esos años alternaba el periodismo con la enseñanza, hasta 1885 en que se ve obligado a viajar a Bogotá debido a las revueltas políticas. El fracaso de los gobiernos liberales y el consecuente éxito de Núñez, según él, se debía a que el pueblo colombiano no estaba preparado para ser dirigido por principios superiores al nivel intelectual de la época.

Su exilio europeo comenzó en Londres, en 1909,

donde lo sorprendió la caída de Reyes, siendo Secretario de Hacienda del régimen, y se prolongó hasta 1922. Fue profesor particular de español antes de elegir la carrera de periodista en la que destacaría, como el agudo crítico literario conocido en el Continente. Fue colaborador de la revista *Hispania* en Londres, de *Nosotros* y de la *Nación*, de Buenos Aires y de la *Revue Sud Americaine*, de *Repertorio Americano*, de Costa Rica. Desde *Hispania* comentó la obra de Rodó, Azorín, Unamuno, Lugones.

Desde su modesto papel de periodista amplió el horizonte cultural del lector hispanoamericano, comentando las obras de Nietzsche, Carducci, Nordau, O'Neill, Goethe, Gide, hasta las de Arciniegas, Miguel A. Caro León de Greiff y Alfonsina Storni. Así logró, como señalaba Cobo Borda, "que un país [como Colombia], y en cierto modo también un continente marginal, sojuzgado por lustros de oscura pedagogía, tuviera a través suyo una ventana abierta a lo que sucedía en el mundo, durante medio siglo, por lo menos"²⁵.

Contemporáneo de Enrique José Varona, José Martí, José Enrique Rodó, les sobrevivió varias décadas. Como ellos, defendió el ideal panamericano y los valores democráticos, participando en las polémicas y encuestas sobre el destino del Continente, como la que se planteó desde *Repertorio Americano*. Pero este sólo fue un aspecto de otro diálogo más vasto, el de un americano que polemizó siempre con Europa. Sus trabajos de crítica literaria, al igual que sus reflexiones sobre distintos aspectos de la sociedad, la historia y la cultura, son un esfuerzo por tender puentes entre los pueblos. La idea de que las culturas no pueden ser autosuficientes, se materializa en su actitud dialogante con otros discursos y en la confrontación permanente, condiciones esenciales para la construcción de las sociedades y las subjetividades.

Con José Carlos Mariátegui o Ezequiel Martínez Estrada Sanín Cano ve con preocupación la situación de Hispanoamericana, atrapada en los vicios heredados de la colonia y dominada por una naturaleza adversa, pero está muy lejos del entusiasmo mundonovista de Gallegos y de intelectuales como Asturias y Carpentier, cuya filiación con el surrealismo los lleva a buscar la esencia de lo americano en la naturaleza y en las culturas precolombinas. La inteligencia Hispanoamericana de los años veinte, como se ha dicho, reconoció el legado de Sanín Cano, desde Mariano Picón Salas hasta Pedro Henríquez Ureña

o Juan Marinello, quizás porque su actitud provenía de una larga tradición letrada que asociaba la cultura a los libros y que casi todos compartían.

Pero la sensibilidad artística de Sanín Cano no le impidió tener en cuenta las realidades económicas, tan importantes para establecer los principios democráticos que defendía. "Estimo que no se ha encontrado todavía ningún sistema que replazce la voluntad de las mayorías para determinar la forma de gobierno según las normas representadas. Por eso soy liberal", declaraba en 1951, en los momentos más álgidos de la violencia desatada en Colombia contra las masas de campesinos liberales por las fuerzas conservadoras.

Mariátegui, aparte de admirar la sobriedad de su prosa y su "acendrado sentimiento de americano", respeta su fidelidad al pensamiento liberal y progresista, "en una época en que turbados por la atracción reaccionaria, lo renegaban la mayoría de sus más veteranos militantes"²⁶.

A su llegada a Buenos Aires en 1925 publicó *La civilización manual y otros ensayos*. Allí conoció a Enrique Larreta, Gustavo Cancela, Victoria Ocampo y Roberto Giusti. En 1929 regresó a Colombia, para después trasladarse a Madrid, durante la Segunda República, enviado como corresponsal de *La Nación*.

Este viajero cosmopolita que vivió catorce años en Londres y nueve en Buenos Aires, que gozó de prestigio entre los más destacados intelectuales del mundo hispánico, tuvo que conformarse con escribir para el público semianalfabeto e iletrado de Colombia, pero como afirma Cobo Borda, "le habló un lenguaje serio, un idioma para adultos, severo y sin halagos, nacido de un entrañable respeto que no podía incurrir en la pedantería pero tampoco podía caer en la adulación"²⁷.

Entre la economía y el arte

A su vasta cultura Sanín Cano une sus conocimientos de economía, que le permitieron comprender los problemas de su país, el fracaso de los intentos modernizadores de Reyes, que explicaba por los gobiernos anteriores -se refiere a la administración Núñez- que habían condenado a la Nación a la bancarrota, gastando sin previsión y devaluando la moneda y, sobre todo, a esa pérdida de la "noción de lo real", tan generalizada en Hispanoamérica tendencia que, según él, impidió encontrar una solución viable a problemas tan concretos como la educación, la comunicación entre

la metrópoli y la provincia y el desarrollo de una actividad económica que permitiera elevar el nivel de vida de la población.

Zum-Felde señaló como un mérito en Sanín Cano su dominio de disciplinas como la economía. Sin embargo, el crítico uruguayo no leyó los análisis que hizo de la situación política y social de su país o su balance de *La Administración Reyes (1904-1905)* donde vemos cómo él había entendido el modernismo en términos globales, partiendo de las realidades económicas que conocía más que ningún otro intelectual de su país. Como afirma Néstor García Canclini, el modernismo intentó materializar los cuatro principios que constituyen la modernidad canónica: a) racionalización de la vida social, b) producción, circulación y consumo de los bienes, c) mejoramiento de la calidad de vida, e) implantación de la educación, la difusión del arte y los saberes especializados para lograr una evolución racional y moral²⁸. Sanín Cano comprendió que el positivismo, las ideas liberales y el sistema democrático eran la vía para la realización de estos principios. En ese sentido, él fue coherente con su tiempo, exponiendo su visión clara de los hechos, defendiendo sus ideas liberales, contrastándolas con la realidad y enriqueciéndolas con su experiencia de otros universos culturales.

En condiciones precarias compartió las tentativas modernizadoras de Hispanoamérica, atento a las acaloradas polémicas que éstas suscitaron. Con serenidad señaló las contradicciones, en los intelectuales que defendían lo que consideraban la tradición, los valores autóctonos, frente a la agresión de las corrientes extranjerizantes, como Tomás Carrasquilla; y los que acogían con entusiasmo las propuestas renovadoras, al tiempo veían con horror la aplicación de las medidas que hacían posible el proceso de modernización política y económica que en Europa

condujo la realización de esos principios.

Su espíritu laico se formó al calor de las disputas liberales del régimen liberal radical en Colombia que defendió la constitución de Rionegro, una provincia rebelde que levantó la bandera de la libertad frente al fanatismo de las tendencias conservadoras, católicas y ultramontanas que pugnaban por subir al poder. Su relación con los libros, muy lejos de cualquier pretensión erudita, fue parte vital de su proceso de apropiación de las ideas que iba contrastando con la realidad.

Desprovisto de toda retórica nos ofreció una visión de los problemas de Hispanoamérica, más compenetrada con la vida y con las necesidades de sus habitantes, así como en su momento, elevó el nivel intelectual de las polémicas, ofreciéndoles a sus contemporáneos sus maravillosos descubrimientos: Nietzsche, Ibsen y el crítico danés Georg Brandes, que le dio las bases para una crítica literaria comparativista, ampliando sus horizontes predispuestos desde el comienzo a otros mundos, no necesariamente europeos. A Sanín Cano también le atraían otras culturas, que siempre le sirvieron de argumento para poner en tela de juicio las generalizaciones occidentales.

Como afirma José Carlos Mariátegui, Sanín Cano se comportó siempre "como un espíritu constructivo, que asume, libre, pero fielmente, una misión docente en la evolución intelectual de estos pueblos. No le atrae el apostolado, pero quiere cumplir sin alarde y sin desplante una obra de orientador y educador"²⁹. Si hoy podemos decir de Hispanoamérica que tuvo un modernismo sin modernización, de Sanín Cano podríamos decir que sin ser un modernista, fue el que mejor entendió el proceso de modernización que se pretendía llevar a cabo en el Continente y que tanto en su ser como en su decir materializó sus principios básicos.

¹ Pollmann, Leo: 1994, "Naturalismo, modernismo, mundonovismo: una época de transición entre el siglo XIX y el XX", en *Revista chilena de literatura*, N° 44, abril, pp. 5-13.

² Oviedo, José Miguel: 1990, *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, Madrid, Alianza, pp. 71-73.

³ José Juan Arrom en *Esquema generacional de la letras hispanoamericanas* no lo menciona; Jean Franco tampoco lo tiene en cuenta en su *Introducción a la literatura hispanoamericana*. En Cambio, Anderson Imbert en su *Historia de la literatura hispanoamericana* y Pedro Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias de la América Hispana* señalan su notable presencia dentro del pensamiento hispanoamericano, así como Teodosio Fernández en *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos* destaca su vital importancia para la existencia misma del modernismo en Colombia.

⁴ Zum-Felde, Alberto: 1954, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana, el ensayo y la crítica*, México, Editorial Guaranía.

⁵ *Ibid.*, pp. 81-83.

⁶ Sobre el ensayo en Colombia consultar, Jorge Eliécer Ruíz: 1976, *Ensayistas colombianos del siglo XX*, Bogotá, Biblioteca Básica, Instituto Colombiano de Cultura.

⁷ Arciniegas Germán: 1947, "Sanín Cano", en *Revista Iberoamericana*, vol. XIII, n° 26, 15 de febrero, pp.223-235.

⁸ Gaitán Durán, Jorge: 1957, "Sanín Cano y la situación del intelectual colombiano", Bogotá, *El Tiempo*, tomado de *Escritos*, pp. 783-789.

⁹ Sanín Cano, Baldomero: 1949, *De mi vida y otras vidas*, citado en *Oficio de lector*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 136.

¹⁰ García Ortiz, Laureano, citado por Cano Gaviria, Ricardo: 1994, *José Asunción Silva, una vida en clave de sombra*, Caracas, Monte Avila Editores, p. 190.

¹¹ En *Letras colombianas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, se ocupa ampliamente de José Asunción Silva, de Guillermo Valencia y de Tomás Carrasquilla, antioqueño como él y virulento enemigo de la estética modernista que Silva introducía en el verso y la prosa colombianas; en *Ensayos*, 1942, dedica un ensayo al modernismo, asignándole a Silva el mismo grado de importancia que a Darío.

¹² Ruíz, Jorge Eliécer: "Baldomero Sanín Cano, traductor de dos mundos", en *Gaceta*, Bogotá, Colcultura, N° 32-33, 1996, p.69.

¹³ Sanín Cano, Baldomero: 1977, "Bajo el signo de Marte", en *Escritos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, prólogo de J.G. Cobo Borda, p. 121.

¹⁴ Sanín Cano, Baldomero: 1978, "La provincia", en *Oficio de lector*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. 51-51.

¹⁵ Sanín Cano, Baldomero: 1934, "De lo exótico", en *Divagaciones filológicas y apólogos literarios*, citado en *Escritos*, pp.85-93

¹⁶ Sanín Cano, Baldomero. 1977, "El espíritu nuevo de las universidades", en *Escritos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, p. 181

¹⁷ Sanín Cano Baldomero: 1951, "¿Por qué soy liberal", en *El Tiempo*, reproducido en *Escritos*, pp. 753-756.

¹⁸ Correia Pacheco, Armando: 1961, "Baldomero Sanín Cano, misionero de la comunicación cultural", en *Interamerican Review of Bibliography*, vol. XI, año 1961, n° 16, pp.314-319.

¹⁹*Hispanus* (Vicente Vera): 1902, "Lecturas americanas", en *La España Moderna*, T. 168, diciembre, pp. 60-65.

²⁰ En un el artículo "La race incomprise", publicado en *Hispania* el 1 de junio de 1912, Sanín Cano, cuestiona a Unamuno el concepto de "raza" -prefiere hablar de "pueblo"- y alega que los extranjeros no entienden a España ni a ningún otro pueblo, como tampoco los españoles fueron capaces de entender a los pueblos que colonizaron. Frente a esa preocupación propone extremar el don de la tolerancia y no preocuparse de ser comprendidos. Unamuno responde airando en el número siguiente de la revista con el artículo "La supuesta anormalidad de los españoles", atacando a quienes como Ortega y Gasset, fomentan los tópicos de los extranjeros sobre España, pero en realidad está disparando contra lo que él considera el desdén de Sanín Cano.

²¹ Sanín Cano, Baldomero: 1926, "El descubrimiento de América y la higiene", en *Indagaciones e imágenes*, Bogotá ediciones Colombia, reproducido en *Escritos*.

²² Arciniegas, Germán: 1948, "Sanín Cano", en *Revista Iberoamericana*, vol XIII, n° 26, pp. 223-235.

²³ Mistral, Gabriela: 1948, "Palabras sobre un rector" en *Revista Iberoamericana*, vol XIII, n° 26 , pp 259-261.

²⁴ Para entender en sus matices el carácter de estas disputas es necesario consultar la obra de Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Temis, 1974. También Varios, *La filosofía en Colombia. Historia de las ideas* (varios), 2ª ed, Bogotá, Buho, 1992.

²⁵ Cobo Borda, Juan Gustavo:1878 (Prólogo a la edición de *Oficio de lector*), p.XXX.

²⁶ Mariátegui, José Carlos: 1927, "Sanín Cano y la nueva generación", *El tiempo*, Bogotá, recogido en *Escritos*, pp-763-766.

²⁷ *Ibid.*, p.XXXIX.

²⁸ García Canclini, Néstor: 1989, *Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, C.N.C.A-Ed. Grijalbo, pp.31-32.

²⁹ Mariátegui, José Carlos: 1927, "Sanín Cano y la nueva generación", *El Tiempo*, bogotá, reproducido en Sanín Cano, B: *Escritos*, pp. 763-766.